

“Canto Heroico”. Tauromaquia y Regeneracionismo

Araceli Herrero Figueroa

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

PARDO BAZÁN Y LA TAUROMAQUIA

Con motivo de publicar como cuento disperso “El toro negro”, localizado en *Follas Novas*¹, incorporamos al texto una nota introductoria en la que, en líneas generales, coincidimos con un estudio anterior del profesor González Herrán sobre la presencia de la tauromaquia en el relato breve pardobazaniano², estudio en el que se precisa que en lo que respecta a la narrativa ficcional no se puede concluir que doña Emilia fuese propiamente antitaurina, es decir, que rechazase la “fiesta”, pese a su limitada manifestación en su narrativa, cuestión de la que la propia escritora habla en su reseña a *Las Aguilas. De la vida del torero*, de López Pinillos cuando precisa :

Es lo cierto que, respecto a toros puede que no existan diez páginas de mi prosa. El asunto es ajeno a mis aficiones, a mis preferencias de novelista y de cuentista³.

Ahora bien, esta declaración no implica que no valorase la espectacularidad de la corrida de toros sobre la que escribe en 1896:

La luz, el color, el ruido, la animación mágica de este espectáculo, que Teófilo Gautier calificó de uno de los más bellos que puede imaginarse el hombre, son realmente más para vistos que para descritos⁴.

¹ N° 337: 15, XI, 1903. En: *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán e recopilación de dispersos* (Lugo: Deputación Provincial, 2004, pp. 158-164). Hoy en: cervantesvital.com. P. Carbballal ha localizado el texto *El Noroeste* (4, VI, 1901).

² “Emilia Pardo Bazán y la fiesta de los toros (1875-1921)”, *Fiestas de toros y Sociedad. Actas Congreso Internacional*, García Baquero González. A. y Romero De Solís, P. (eds.), Sevilla: Fundación Real Maestranza de Caballería /Universidad de Sevilla, 2003, pp. 591-603.

³ “*Cartas de la Condesa*” en *el Diario de la Marina. La Habana (1909-1915)*, Heydl-Cortínez, C. (ed.), Madrid: Pliegos, 2003, p. 131 (La reseña lleva fecha de 23, VII, 1911).

⁴ Pardo Bazán, E. (1972): *La vida contemporánea (1896-1916)*, Bravo Villasante, C. (ed.), Madrid: Novelas y Cuentos, 1972, p. 37. El texto remite a “Los toros”: pp. 31-37. La editora cambia el título originario del artículo: “Sobre la fiesta nacional”, de *La Ilustración Artística* (n° 756: 22, VI, 1896). Singularmente este artículo se omite en la edición de C. Dorado: EPB. *La Vida Contemporánea*, Madrid: Ayuntamiento, 2005. Para otras referencias, seguimos esta edición. Desde ahora: LIA.

Ciertamente la “fiesta”, como el carnaval, eran espectáculos que doña Emilia rentabilizó utilizándolos, lejos de la estampa costumbrista, como fondo de escenario, como el “recurso ambiental” de que hablan los editores de las *Obras Completas*⁵, para recrear una anécdota, un sucedido que implicase, por ejemplo, reflexión sobre cuestiones de trascendencia o la revelación de un carácter. Y en este aspecto el relato “El abanico” es antológico: la suerte de varas, de que se nos habla en “La vida contemporánea”⁶ será el recurso que revele la insensibilización de la joven dama ante el sangriento espectáculo de la faena, del destripamiento del animal, del sacrificio del caballo, poco protegido en aquel entonces en la citada suerte de varas.

El profesor González Herrán, que se detiene en el estudio del citado relato, ya precisa la conveniencia de distinguir la narrativa ficcional del ensayo y periodismo pardobazaniano, hoy de fácil acceso por las actuales ediciones de publicaciones varias como pueden ser *La Ilustración Artística* o el *Diario de la Marina*, ya citados, o *La Nación*⁷ o *Las Provincias*, el periódico valenciano de que se han ocupado, en esta revista, R. Axeitos Valiño y P. Carballal Miñán⁸.

Si nos detenemos en el estudio de estos investigadores: “Instantáneas de Emilia Pardo Bazán en *Las Provincias* de Valencia”, en “Suma y sigue” (pp. 411, 412), leemos otra precisión de la escritora:

Esa estética y pintoresca función, yo no aceptaría la responsabilidad de mantenerla; pero me cautiva como al que más; y puesto que las cosas bellas ya escasean tanto, por lo menos, como las buenas, pido que se me perdone el delito de tener en el cajón de la mesa mi localidad para asistir al último *giorno* militante de Lagartijo.

Este matador, Rafael Molina Sánchez, primero de la magnífica “dinastía”, “Califa del toreo” que decía Cavia, será también evocado al cabo de los años. Doña Emilia declara:

⁵ Villanueva, D. y González Herrán, J.M. (eds.), Madrid: Biblioteca Castro, 1999-2003, vol. IX, p. XXI.

⁶ *LIA*, nº 1563: 1, IX, 1913

⁷ Sinovas Mate, J. (ed.), *La obra periodística completa en “La Nación” de Buenos Aires (1879-1921)*, A Coruña: Diputación Provincial de A Coruña, 1999.

⁸ Axeitos Valiño, R. y Carballal Miñán, P.: “Instantáneas” de Emilia Pardo Bazán en *Las Provincias* de Valencia”, *La Tribuna*, 2004, nº 2, pp. 367-416.

Personalmente, diré que en mi juventud y sin que me haya hecho pizca de gracia nunca la suerte de varas, me gustó el buen toreo, entonces representado por Frascuelo y Lagartijo⁹.

Frascuelo, Lagartijo, Rafael Guerra (Guerrita), Mazzantino... serán ponderados como matadores que nada tienen que ver ya con aquel “Grand Guignol” del toreo en el que la condesa sitúa a Belmonte, “el rey de los ruedos”.

No dudamos, pues, que en principio Pardo Bazán sintió afición por los toros, por la fiesta nacional que, como declara, no sólo no le desagradaba sino que la “entretenía”. A lo largo de artículos varios veremos que pondera la “temeridad serena”, el “desprecio del peligro” y la “armonía, unidad del combate” entre toro y torero; pero al tiempo aparecen con los elogios las imprecisiones y ambigüedades a las que la condesa nos tiene acostumbrados, y toda una serie de contradicciones y modificaciones de criterio que en buena parte remiten bien al paso de los años, bien a los cambios en modas y usos sociales que se fueron desarrollando en la vida española, bien a otros motivos y causas que puedan remitir a concretos medios de publicación.

Así, si en un principio se dejó impresionar por el espectáculo taurino, con el tiempo llegará a combatir la “fiesta” en virtud de argumentos varios como pueden ser la excesiva atención de la prensa diaria por la tauromaquia; la “divinización” de la torería, “divinización” de los toreros como “fenómenos”, “colosos”, “estrellas”, “pasmos” y “monstruos del arte”¹⁰, personajes para los que, en tono de mofa, doña Emilia declara anacrónico el uso del automóvil, solicitando utilizasen todo lo más el potro jerezano. A esos mismos “colosos” les reprocha su enriquecimiento y sus sueños y pretensiones de posesión de dehesas, fincas y cortijos, como era el caso de los poco afortunados Desorejaito y Morucho, etc. etc.

De todas formas lo que más preocupaba a la escritora era el fervor popular por la corrida, fervor que obligaba a trasladar la hora de la festividad religiosa. Reprueba también el quebranto económico y la inconsciencia del pueblo en el gasto excesivo en corridas que de semanales pasaron a diarias. Censura el embrutecimiento de un público que relegaba lo propiamente recreativo, la educación, a la grosería e insensibilización. Denuncia un público ineducado, insensibilizado y grosero que convertía su afición taurina

⁹ LIA, n° 1653: 1, IX, 1913

¹⁰ LIA, n° 1700: 27, VII, 1914

en única preocupación vital. Y en este contexto en el que la fiesta se había convertido en el “gran problema nacional” se comprenderá que escriba: “Hieren a Bombita: interés grande. Se celebra la conferencia de Algeciras: interés nulo”¹¹.

Años más tarde precisará:

Reunid a millones de hombres, llevadlos a la guerra, y milagro será que, en conjunto, no resulten héroes. Reunid un millar de hombres, llevadlos a los toros, y será asombroso que no tengan más de fieras que de racionales¹²

En suma, doña Emilia no puede admitir que un público que representa en buena parte al pueblo español pondere el desprecio por la vida de “los africanos” (*sic*) en la plaza de toros y, deformado en su incultura, sostenga un mal entendido concepto de la heroicidad. Así es como debe leerse el texto que presentamos el: “canto heroico” a don Tancredo, “el rey del valor”.

UN GROTESCO REY DEL VALOR CONVERTIDO EN SÍMBOLO DE LA PATRIA

“Canto heroico”, fue publicado en *El Regional* (nº 9323), periódico lucense cuya cabecera remite a Mauro Varela Pérez quien mantiene la propiedad de aquel diario que, fundado por su familia, fue dirigido sucesivamente por Aureliano J. Pereira y Manuel Amor Meilán¹³.

El texto aparece con fecha de 30 de agosto de 1901, sin que por ello descartemos una publicación anterior de la cual fuese tomado, como es el caso de otros textos pardobazanianos, publicados en dicho diario, de los que, incluso, se precisa procedencia.

El título del artículo, por supuesto irónico, no deja de suscitar otro texto taurino, el relato “Semilla heroica”, en el cual, por boca de Méndez Relosa se nos dice: “sólo es héroe el que se inmola a algo grande y noble”, cita que se complementa con otras referidas también al mundo del toro y toreros en las que leemos: “no juzguéis escuela de valor la corrida. El valor reviste otras formas, y entre ellas el de la abnegación resignada¹⁴, porque “no

¹¹ *LIA*, nº 1259: 12, II, 1906.

¹² *LIA*, nº 1801: 3, VII, 1916.

¹³ Hoy puede consultarse en línea, concretamente en Prensa Histórica, desde la BUSC (Universidade de Santiago de Compostela).

¹⁴ *LIA*, nº 1788: 3, IV, 1916.

tiene allí la sangre la explicación de haber sido derramada por la patria, en nobilísimo holocausto”¹⁵.

“Canto heroico” se publicó en fechas casi coincidentes con los “Cuentos de la Patria”. Es artículo/cuadro¹⁶ supuestamente “taurino”, pero esencialmente regeneracionista. El profesor González Herrán escribe:

[...] sea mediante el tratamiento metafórico que permite la ficción (*El Niño de Guzmán, Cuentos de la Patria*), sea con la reflexión directa que exigen el ensayo, la conferencia o el artículo (*La España de ayer y la de hoy, De siglo a siglo*), nuestra escritora asume su papel de intelectual, tomando postura ante la gravísima crisis social, económica y política que precede y sigue al llamado *desastre*; postura que, con todos los matices que procedan, no está muy alejada de la que conocemos como regeneracionista¹⁷.

Y con esta directriz es como debemos leer el texto, en su humor irónico y satírico, humor grotesco y burlesco pero no paródico, porque la parodia, en su sentido más clásico, implica homenaje a lo parodiado, y el temerario don Tancredo, inmóvil en su pedestal, no remite a cómica faena de matador, a bufonada o payasada circense. Aquel pobre miserable zapatero, convertido en hombre-estatua blanquecina simboliza, en su inacción, España, un país postrado que sólo vive en función de su obstinada afición por temerarias “fazañas” en el ruedo.

También a doña Emilia le “duele” España, la “Roma degradada”, el “Bizancio afeminado” de que habla en otros lugares. Le indigna que un país/público taurino, carente de criterio y con una deleznable escala de valores, consagre como heroicidad la charlotada que eleva a don Tancredo a la altura de consagrados mitos hispánicos.

Hoy en día no nos extraña que Pardo Bazán aplicase el “tancredismo” a la vida nacional. Pero hemos de reconocer que hasta cierto punto fue pionera en la constitución del *topos*. Las fechas de comienzo de aquella “moda” son muy próximas a las del artículo (el paso del siglo). El número lo “inmortalizó” Tancredo López, zapatero de profesión (de ahí que doña Emilia

¹⁵ LIA, nº 1632: 7, IV, 1913.

¹⁶ González Herrán, J.M., “Artículos/cuentos en la literatura periodística de Clarín y Pardo Bazán”, *II Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del XIX. La elaboración del canon en la Literatura Española del Siglo XIX*, Barcelona: PPU, 2002, pp. 209-227. En: cervantesvirtual.com.

¹⁷ “Idealismo, positivismo, espiritualismo en la obra de Emilia Pardo Bazán”, *Pensamiento y Literatura en España en el siglo XIX: Idealismo, positivismo, espiritualismo*, Toulouse-Le Mirail, Université, Presses Universitaires du Mirail, 1998, pp. 141-148. Leemos desde: cervantesvirtual.com.



Dependencias da Fábrica de Tabacos 05/12/05. Fotografía de Xosé Castro.

lo mande a su taller). La popularización de aquella estatua viviente (imitada por otros “tancredos” con desigual suerte) fue tal que, como se sabe, ya es lugar común aplicar el adjetivo “tancredista” a todo orden de cosas (“postura tancredista” “silencio tancredista” “estrategia Don Tancredo”... e incluso: “dignidad tancredista”), y en cuanto al valor de la inacción, ya es tópico que se aplique a figuras de la política, con preferencia a los sucesivos presidentes de gobierno de la democracia (si bien, es tradición su aplicación al General Franco, por Dalí).

Desde luego doña Emilia contribuyó a la conformación del *topos* en cuanto a símbolo del país¹⁸, y este artículo revela una hábil, si bien algo prolija, utilización de la intertextualidad literaria, concretamente del intertexto citacional. Y así, Don Tancredo se presenta como digno sucesor de don Gonzalo de Ulloa y, a la vez, meritorio compañero de don Quijote que si mereció ser llamado “caballero de los leones”, por no ser menor la “fazaña” tancredista, el hombre-estatua bien merece por sobrenombre “caballero de los toros”.

Pardo Bazán convocará también otras referencias mitológicas, imágenes, metáforas, símiles que nos conducen a la contraposición de lo heroico y lo grotesco. Los héroes de la hispanidad se han ido a pasear al Callejón del Gato, El Cid Campeador, de probada arte taurina, se asoma al mismo espejo cóncavo en el que, asomados Bernardo del Carpio y Hernán Cortés, devuelve como imagen aquel supuesto “rey del valor”.

Ciertamente hay pesimismo y amargura para con un país inerte, embrutecido en espectáculo de masas. Doña Emilia se sabía “educadora”. Su línea de orientación y conformación de criterio queda patente en este artículo que pone en solfa el concepto de heroicidad. El título convoca a La Patria, supuesta reina del valor. España es la eterna “Don Tancredo de la Historia” a la que la condesa, suscitando el *oh tempora; oh mores!* ciceroniano, increpa.

“CANTO HEROICO”

No sé si alguien antes que yo ha dicho en estas columnas su opinión sobre el fenómeno social que D. Tancredo representa; me es igual: no me cabe en el cuerpo, y quiero emitirlo.

¹⁸ No deja de ser singular que un artículo de Carlos Esplá, de 1922, presente gran similitud en la orientación de Don Tancredo como símbolo de España y en la evocación de la estatua del Comendador y la figura del Quijote. El artículo se titula “El simbólico Don Tancredo”. Puede leerse en: cervantesvirtual.com.

Empiezo por confesar que no he visto al *rey del valor* realizando su estupenda fazaña. Tan débil fue mi curiosidad, que ni una hora de una tarde de un domingo perdí en satisfacerla. En los periódicos, en las conversaciones, apagué la sed que siempre despierta lo raro, aquello en que se juega dramáticamente una vida. Moncayo, en una revista me dio idea de cómo estará en su pedestal D. Tancredo. Sólo faltaba el toro, y a ese me lo figuro. Retinto o cárdeno, ensabana o jabonero, de tal o cual ganadería... ¿Qué más da? Un buey inocente, al cual la inmovilidad engaña, o no engaña. (Dígalo el de San Sebastián).

Mas si los *actores* no me preocupan gran cosa, el hecho, el nuevo *sport*, sus circunstancias y peripecias, sí me llaman la atención poderosamente. Don Tancredo me parece un símbolo: nada menos que el símbolo de la patria. Ha venido a sustituir, no diré que con ventaja, a otra estatua animada: la de Don Gonzalo de Ulloa, representación de nuestros *siglos de oro*, de cuya grandeza sólo nos restan algunos sepulcros nobles, algunos sonoras rimas y la consabida leyenda. Fuimos, bastante tiempo, el país de la estatua sepulcral que habla en verso; gracias a Don Tancredo, somos el país de la estatua viva; el símbolo y la moraleja se complementarán cuando Don Tancredo, persuadido de que no gana para sustos, pase de figura arrogante y ociosa a modesto trabajador, y ponga la anunciada zapatería donde me comprometo a encargarme un par ¡Zapatero, a tus zapatos! ¡A la zapatería, a la lezna, al tirapié! ¡oh, patria, *reina del valor*, eterna *Doña Tancreda* de la historia!

Que a Don Tancredo, si continúa, le costará la piel -esa piel no como la del calzado- propia, insustituible, no debe de ser para nadie dudoso. El problema de Don Tancredo, el problema de España; o mudar de vida, o sucumbir. En esto conformes todos los autores. La diferencia comienza aquí: mientras a Don Tancredo lo único que le salva es la inmovilidad, España -y perdone mi ilustre amigo Juan Valera, con toda su sabiduría- no debe permanecer inmóvil ni una fracción de segundo. Prefiero para ella las vueltas y revueltas de ardilla, que no serán de ninguna utilidad, pero revelan viveza a la quietud del cadáver.

Para Don Tancredo la salud está en parecer de piedra y no pestañear cuando se acerca el amator de Europa (vulgo toro). Contener la respiración, hasta suprimirla momentáneamente a guisa de buzo, no oscilar sobre el pedestal improvisado, que ni aun el viento haga flotar los pliegues del ropaje - y hay mil probabilidades contra una de que el bicho no se entera y se desvía, indiferente y magnánimo, cual los leones de aquella felizmente acabada aventura que trocó, cambio y mudó el nombre del manchego

hidalgo (debiéndose también en justicia, cambiar y trocar el de Don Tancredo por el del *Caballero de los Toros*). Piedra, Don Tancredo existe; hombre, Don Tancredo fenece. No nos sirva de modelo a los españoles el denodado oficial de obra prima. ¡Nos hace falta ser hombres y no piedras!

Su valentía no es grano de anís. Contemplar cómo asoma la fiera excitada, briosa, estar solo, blanco - ¡y tan blanco!- de su sangrienta mirada, verla que se sorprende, se fija, se arranca, se aproxima, llega, envía la cálida baba al rostro del supuesto figurín de yeso, sentir el resoplido con que olfatea, el topetazo de sus morros pujantes; encontrarse acomodado entre los agudos cuernos como entre los brazos de un sillón. ¡Y que diré si el toro en vez de mirar a la estatua de frente se coloca a sus espaldas!

Dícese que esta gracia, ya famosa, de Don Tancredo, ha sido realizada por otros -iba a escribir *infelices*- en varios circos de España y en América; y uno de los precusores, hallándose en facha, petrificado, sabedor de que el toro se encontraba en el ruedo, pero ignorando por dónde andaba, vio de pronto, en ambos costados, brotar unos agudísimos pitones que crecían, crecían... al mismo tiempo que percibió uno a manera de rudo almohadón que le brindaba asiento, colocándose de suyo donde era preciso. Y el sujeto -el D. Tancredo- tuvo la fuerza suficiente para no estremecerse hasta que los pitones menguaron, menguaron, a estilo de cuernecillos de caracol, y el testuz se echó atrás, y la fiera, juguetona, se marchó de allí, en busca de algo que se moviese, de algo colorado y bullidor.

Si se le pregunta a Don Tancredo la pura verdad, diría que no es el toro la alimaña más temible ¡Qué ha de ser! Por el toro -como Don Quijote por sus leones- probablemente Don Tancredo moriría en a cama. Hay otra mala bestia: el público. Del público formaba parte aquel inglés que seguía a Blondin en sus correrías al través de ambos continentes, para no perder el gustazo de presenciar su caída de lo alto de la maroma. Del público formaba parte aquella vieja que, en *L'assommoir* (no traduzco por no contrariar a Cavia), no se quita de la ventana sino luego que el plumista rueda del alero a la calle. Del público forman parte los que capearon con sabana, para enfurecerle contra la blanca, al toro que Don Tancredo había de esperar, los que lanzaron a la cara del mismo, puesto en su pedestal, una naranja certera, que a poco le vuelca; los que disparan con cerbatanas guisantes secos a las pantorrillas; los que, en fin, van a la plaza con la esperanza, no secreta sino franca y tumultuosa, de ver enrojecido, impregnado en sangre, el níveo disfraz de la estatua viviente.

Después del toro y del público, el tercer enemigo de Don Tancredo es la imitación, la plaga del tancredismo, la epidemia de valor que cunde y se propaga. Vendrán, no diez, sino ciento, resueltos a hacer tanto y más; a esperar al bicho de blanco, de negro, de colorado, en pedestal, en silla, a cuatro pies; parados, moviéndose, bailando seguidillas. Quitadle al español el trabajo de discurrir cómo podrá ganarse el dinero; sugeridle una profesión romántica, fanfarrona, con goces de amor propio y vanidad; un toreo que no pide destreza, sino solo hígados..., y acudirán cual moscas al panal de miel. Tendremos cosechas de Tancredos, ya que a las Tancredas, por un escrúpulo delicadísimo, se las prohíbe arriesgar sus encantos y hacer una hombrada *femenista* (le llaman así) eclipsando las glorias de las arriesgadas novilleras entre las cuales descolló Martina García, *La Fragosa*; de las monjas que torearon becerros con el santo hábito vestido; de la duquesa de Alba, doña Rosario Falcó a lomos del toro *Playero*, de Marube; de doña Brianda Pavón, que mató de un rejonazo a un toro muy guapo; de doña Rosalía Morales que trasteaba reses con la mantilla prendida; de la célebre *Pajuelera*, inmortalizada por una aguafuerte de Goya... y de tantas y tantas hembras como ilustraron los fastos del espectáculo más nacional, de allá cuando del feminismo no se había inventado ni el nombre.- Tendremos, sí, cosechas de tancredos, los cuales perfeccionarán la idea del fundado tancredismo, haciendo alarde de esa insensibilidad y ese desprecio de la vida que caracteriza a los sectarios africanos y les veremos (a los de acá) torear al toro disfrazados de verde prado, envueltos en fresca hierba para mejor atraer a la res y que se los pazca, antes de engancharles bonitamente por la axila; o forrados en corcho, a fin de que el bichote les tome por alcornoques (alguien dirá que el forro sobra) o quien sabe si metidos en el cuero de una vaca, recordando el mito de Parsifae... digo, recordando no, porque en la plaza ¿Quién sabe de brujerías cretenses y cuentos de viejas?

Así D. Tancredo habrá venido, más que a ostentar la propia bizarría, a prestar unidad, a infundir una dirección segura a nuestros alientos, a las corrientes de nuestro heroísmo. Obra colectiva, no arresto lírico, algo que radica en las entrañas de la raza. Y el francés viajero que celebró en verso a un diestro español comparándole al Cid Campeador (el cual también toreaba, esto sí que nadie lo ignora) se encontrará apuradillo y tendrá que comparar a Don Tancredo con Bernardo del Carpio o Hernán Cortés.

EMILIA PARDO BAZÁN